

Capítulo uno

Ulises

1

En Madrid, mientras espera el vuelo de El Al, lo obligan a quitarse los zapatos. También reclaman su cinturón. Les muestra el vientre desnudo, un gesto entre la burla y la entrega. Ahora le piden que se mueva: el mostrador del fondo, aguarde a ser llamado. Por un momento el ridículo es más fuerte que el miedo. Se desliza por el aeropuerto calzado con medias.

Ocho hombres revisan el equipaje. Guantes entalcados. Destripan las valijas, hemorragia de colores, una manga exánime asomando por la herida.

No tarda en ubicar su maleta. El empleado la vacía dentro de un canasto como quien se deshace de la basura. La pelota que había armado con sus medias rebota en un borde y rueda por el suelo. Quiere avisar de la pérdida pero alguien se interpone. Otro empleado lo interpela desde el mostrador, aspecto y acento de espía ruso. El distintivo del pecho ofrece la prueba, tiene nombre de agente de la KGB.

Boris le pide su pasaporte y su *boarding pass*. Se detiene en la lectura del documento, actúa como si dispusiese de todo el tiempo. Quizá busque información secreta, sensible al infrarrojo de los Boris del mundo.

Al fin alza la vista. Boris lo compara con la foto, se cerciora de que sean el mismo. Se le ocurre que no

lo son, más allá de las apariencias. Queda poco de aquel que era un año atrás, cuando se sometió a la cámara curiosa.

Oye la pregunta por su nombre. Aunque el dato figura en el pasaporte dice sin protestar: Rosso Ulises Jorge tal como está escrito, el apellido en primer término —un ariete.

El espía quiere saber más. Qué va a hacer a Israel, dónde piensa hospedarse.

Pronuncia las respuestas que preparó con ayuda de una guía turística.

Aunque Boris lo mira con desconfianza Ulises no se amilana. Su deseo de llegar a Israel es tan imperioso que torna nimio el dilema. Verdad o mentira se vuelven irrelevantes, lo importante es la persistencia de la visión.

Boris desaparece detrás de una puerta, llevándose el pasaporte. Al instante se presenta una mujer con el uniforme de la aerolínea (según el distintivo se llama Sami), que reitera las preguntas. Cuál es su nombre. Si vive en Madrid o está en tránsito desde Buenos Aires.

Contesta de manera mecánica. Le gustaría saber qué estará haciendo Boris con su pasaporte azul, a qué prueba lo someterá del otro lado de la mampara.

Sami toma nota de sus respuestas, o finge hacerlo.

El hombre que la reemplaza no es Boris pero trae el pasaporte de regreso. Se lo devuelve y le pregunta su nombre, mientras esculca el equipaje de mano que ya le han revisado tres veces. Saca la cámara del bolso, la novela de Graham Greene que acaba de comprar.

Ulises está harto de la farsa pero aguanta. Sin siquiera saberlo se ha preparado para la ordalía: en la universidad, durante la práctica privada y sobre todo en la cárcel. Puede mirar a los ojos y mentirle a cualquiera, sin que su pulso se altere. Ha tenido los mejores maestros.

¿Motivo del viaje?

Turismo.

¿Conoce a alguien en Israel?

Cómo dijo, perdón, no lo oí.

Si tiene allegados en Israel. Asociados. Familiares.

British Airways anuncia la partida de su vuelo número...

No.

Le entregan la valija vacía y el canasto lleno. Guarda todo hecho un bollo. Un relámpago lo sorprende. Boris le saca fotos. Con la cámara de Ulises, que encontró sobre el mostrador al volver. Se asegura de que la Minolta no sea una bomba, las bombas no tienen obturador ni disparan luz de flash.

El proceso es absurdo, piensa Ulises. Ha sorteado los controles a pesar de que nunca dejó de mentir. Esa idea le sugiere la sonrisa con que posa para la foto, Boris se da por contento al tercer clic.

Ulises empacó la cámara a último momento. Es parte de su disfraz, no tiene intención de visitar el Muro de los Lamentos.

Las medias no están en el canasto. Eran su único par además del que viste, aquel con que caminó por Barajas como si fuese el living de casa. Quiere reclamar pero los empleados desaparecieron, la representación ha terminado. Inclina su cuerpo sobre el mostrador, no ve nada en el piso. Un policía se acerca, pregunta si tiene algún inconveniente.

Dice que nada, que ninguno, y se mueve rumbo a la puerta de embarque.

Cuando llegue a Israel será un hombre sin mujer, sin hijos y sin medias.

2

De niño le gustaban las iglesias. Las veía parecidas a naves del espacio.

Una asociación inevitable. La Iglesia nos dispara al Cielo y los cohetes también, lo Alto como obsesión —como blanco. De ahí la tendencia a construir templos con forma de huso, adosados a una plataforma de lanzamiento: las torres respondían a los criterios del Plan Apolo.

En la teología del Ulises niño, Dios era un extraterrestre.

Conocer iglesias por dentro cimentó esa noción. Apenas puso pie en la nave lo conminaron a practicar gestos misteriosos. Según entendió, la función de estos signos era comunicar la pertenencia a la tripulación.

Había entrado en otro universo. Flotaba allí un aroma carismático, ni masculino ni femenino, que atribuyó al Todopoderoso.

Durante los oficios miraba en derredor, absorbía detalles del edificio fantástico. Habitado a la novedad de la arquitectura de Buenos Aires, los pliegues de cada templo lo remitían a una cultura sincrética. Arcos de medio punto, ventanas ojivales coloreadas por *vitraux*, columnas con capiteles y columnas de luz: todo lo catapultaba a otro estado del alma. Eran

construcciones que gritaban su deseo de elevarse. Estaban a un tris de levitar, de cortar raíces con el suelo.

Poco después de la primera comunión sus padres lo llevaron a Luján. La basílica lo dejó sin aliento. Nunca había visto nave más grande ni más —el adjetivo adecuado era *aerodinámica*.

Como sus padres se confesaron decidió imitarlos. Larga fila de penitentes. Cada confesionario era una cápsula. Entrar al módulo lunar con pecados y salir sin ellos, por eso los astronautas daban esos saltos en el Mar de la Tranquilidad: liberados de su carga se volvían livianos como globos.

Se arrodilló sobre la felpa descolorida por la contrición.

El cura (hasta ese momento no conocía otro sacerdote que el padre Manolo, que era simpático y español, en ese orden) olía a heladera después de un corte de luz. Ulises empezó a desgranar pecadillos y el cura lo interrumpió. Preguntaba algo que debía ser cuestión de vida o muerte, a juzgar por su urgencia.

Quería saber si se había tocado *ahí*.

Lo primero que hizo fue decir que no. La negativa sonó indignada en sus labios, el cura sugería que tocarse *ahí* era grave y Ulises quiso defender su inocencia. (Años más tarde, durante la dictadura, un obispo le preguntaría si era de izquierda. Sin darse tiempo a pensar, el adolescente Ulises respondió con el mismo «no» espantado. Por aquellos años ser de izquierda era tan inapropiado como tocarse *ahí*.)

El *ahí* que desvelaba al cura era el del sexo. Territorio sur en el mapamundi de su cuerpo —lo Bajo, en oposición a lo Alto señalado por las cúpulas.

¿Acaso debía ignorarlo, aun cuando formase parte inseparable de su ser? ¿Cómo orinaría de allí en más sin estrujarse, cómo lavaría las partes sin recurrir a las manos?

Comprendió por qué no le permitían levantar vuelo, por qué las naves que visitaba no iban a ninguna parte.

La repetición de objetos en cada iglesia escondía un mensaje, que sólo entonces pudo descifrar. Los rostros dolientes de las vírgenes. Los pies sangrantes de los santos. El hombre clavado en la cruz, esto es, amarrado a un árbol, condenado a permanecer en tierra para siempre, sin posibilidad de elevarse, de llegar a astronauta —y todo por haberse tocado *ahí*.

3

Ahora vuela a diez mil metros sobre el Mediterráneo. Ha logrado despegar al fin, lanzar su rebelión contra la gravedad.

Segunda botellita de vodka. Se dispone a leer, la novela de Graham Greene arranca así: «Una historia no tiene principio ni fin».

Se queda varado a las pocas páginas. El blanco de la hoja se lo devora todo, las palabras se desintegran ante sus ojos. Ligero caso de fotofobia, Dios creó los Ray-Ban al final del sexto día —en procura de descanso: demasiada luz en el Reino de los Cielos.

El avión se estremece pero no parece moverse. Ulises está suspendido en la troposfera, el nombre científico del limbo. El aire enrarecido de la cabina se ensaña con su cuerpo. Suda a pesar del frío,

se le resecan las mucosas. Ya nada resulta fácil, ni siquiera el automatismo de la respiración.

Si le permitiesen fumar... Tampoco tiene cómo intoxicarse: ni píldoras ni papelinas, no podía exponerse a un escándalo en el aeropuerto. Se pregunta qué ocurrirá si empieza a gritar como un poseso. Quizá le otorguen la gracia de un Valium que lo tumbe por el resto del vuelo. Pero el viaje es breve aun cuando se le antoje eterno. No debe llegar narcotizado al control de inmigración. Allí lo espera un nuevo interrogatorio. Otros Boris. Tiene que estar lúcido, recordar sus parlamentos.

La mujer de adelante se queja. Habla en otro idioma pero sus gestos son elocuentes. Le pide que deje de sacudir su rodilla, un pistón contra el respaldo. Durante un instante le concede indulgencia. Al minuto se le torna imposible. Necesita permitirse esa dosis de descontrol. Lo ayuda a descargar, a quemar energías que de otra forma producirían combustión.

Por fortuna el avión está semivacío. Se lleva la botellita de Smirnoff y también la novela. La frase donde naufragó resuena en su cabeza. «Qué retorcidos somos los humanos», reflexiona el narrador, llamado Bendrix. «Y aun así dicen que nos ha hecho un Dios.»

Fila 22. Asiento D. La Fortaleza de la Soledad.

Se consagra al cielo a través del filtro de sus gafas. El imperativo de tranquilizarse, de vaciar su mente. Asociación libre, cualquier idea es buena en tanto lo aleje de la trampa. Recuerda haber hojeado el *Atlas Internacional de las Nubes*, sus clasificaciones más obvias.

Stratus cumulus cirrus nimbus. Mammatus pileus nebulosis floccus.

Suenan a fórmula mágica. Una defectuosa, o mal conjurada, dado que no le proporciona alivio alguno.

También hay nubes en la troposfera de su mente. Pero éstas son negras.

Finalmente sucumbe a la tentación. Saca la foto de la billetera. Sus dedos tiemblan, la foto cae entre sus piernas —justo *ahí*.